

HUGO GIOVANETTI VIOLA

CANTOR DE MALA MUERTE

15 relatos y una crónica

**137 BISONTES BRILLANDO EN LA PARED DE LA
CAVERNA / TOMO UNO: 120 RELATOS BREVES / 2**



Cada vida es muchos días, día tras día. Caminamos a través de nosotros mismos, encontrando ladrones, espectros, gigantes, ancianos, jóvenes, esposas, viudas, hermanos en amor. Pero siempre encontrándonos a nosotros mismos.

James Joyce

para Lil Bidart y Saúl Ibargoyen, que me llevaron al viento del mundo

LA INOCENCIA MUERE DE PIE

LA TABERNA española quedaba en una callecita de apenas cincuenta metros que ni los taxistas conocen, entre el boulevard Sébastopol y la rue Saint-Denis, a la altura de Les Halles. Cuando terminé de hacer mi primer pasaje guardé la guitarra y salí a buscar cigarrillos. Era una de esas noches descorazonantes de un otoño lluvioso de París. Cuando doblé la esquina de la rue Saint-Denis me tuve que meter adentro de un zaguán: había visto salir los guatemaltecos más repulsivos que existirán jamás. Salieron de un sex-shop y se metieron en un Fiat chocolate tapándose con dos paraguas gemelos color sangre chorreada. (Ellos eran gemelos, también: dos iguanas enanas y resbaladizas. Unos meses atrás pudieron escaparse intactos de París después de haber estafado y traicionado a tres traficantes árabes que terminaron a la sombra.) El auto no arrancó, sin embargo. Desde el zaguán se podía ver el pozo polvoriento en que se transformó el mercado de Les Halles. Los encalados edificios torcidos que se recortaban fantasmalmente a la redonda me provocaron un deslumbramiento fugaz, paralizado por un escalofrío. Caminé hacia la izquierda de golpe y sin apuro, tapándome la cabeza con un brazo. Después doblé la esquina y empecé a correr y hasta bajé a los saltos la escalera de la taberna.

CUANDO ENTRÉ me senté a esperar a Picaflor en la barra desierta y le pedí a Pepillo una sangría. El trajecito negro de Picaflor revoloteaba alrededor de la única mesa ocupada por una mariposa nocturna de la rue Saint-Denis y su manager, un italiano complaciente. Daban buenas propinas. La mujer pedía boleros incansablemente y miraba a su amor con esos ojos turbios y apenas brillantes que en París son sinónimo de amor. Picaflor terminó de cantar *La mentira* y ella metió un billete en la boca de la guitarra. Mi amigo agradeció con una reverencia y dejó de fluorecer -su guitarra, sus dientes, su camisa- cuando llegó a treparse a un banco de la barra. Tenía veintitrés años y una cara y un físico perfectos, a pesar de medir uno cincuenta. Era apenas correcto como cantor y como guitarrista, y había dejado de formar trío con los gemelos (y empezado a cantar en la taberna) recién cuando ellos se borraron.

Me saludó tocándome la nuca y pidió una sangría. “Acabo de ver a tus ex-compañeros saliendo del sex-shop de la vuelta” dije agarrándole un cigarrillo sin permiso. “Habrán vuelto a París a que los maten” me contestó con falsa indiferencia. “¿Vos sabés algún otro fato que pueda quemarlos?” le pregunté. Picaflor me miró con unos ojos tan ofendidamente adolescentes que se me sonrojó la calavera. “Yo no vendo ni al diablo” contestó. Yo estaba a punto de explicarle lo único que aprendí en demasiados meses de Quartier Latin cuando Pepillo me tocó el brazo y tuve que salir a cantar para una barra de estudiantes catalanes que llegaron borrachos de libertad y marihuana. Pidieron tangos.

AL TERMINAR el pasaje Picaflor me mostró las fotos de su casamiento celebrado hacía un mes: fue barajando, más maravillado que yo, las tradicionales secuencias donde una muchacha francesa vestida de blanco (y casi una cabeza más alta que él) levantaba la frente para afirmar la dignidad que triunfará sobre la tierra. Picaflor tenía el mismo traje negro que usaba para cantar y una mirada mansa y asustada. El casamiento había sido celebrado en Épinay-sur-orge, el pueblo de la familia de la muchacha donde ella seguía siendo modista. Todas las madrugadas el cantor esperaba que se cerrara la taberna y de allí caminaba por Sébastopol las pocas cuadras que nos separaban de la gare Saint-Michel, y recién a las ocho tomaba el primer tren que demoraba cuarenta minutos en llegar a su casa. Eso fue lo que hicimos bajo la luz azul limpia de lluvia, cada cual con su estuche y mucha sangría encima. Yo vi pasar tres Fiats pero ningún color chocolate, sin que por eso me aflojaran el miedo o las ganas de pelear. A la altura de Châtelet me sentía más lúcido

y acepté ver amanecer fumando los dos últimos Gauloises. Lo miré de perfil a Picaflor (ya sobre el Pont au Change) y encontré un brillo humoso en su mirada, como si el reflejo insondablemente aterciopelado de la isla Saint-Louis se espejara de nuevos en otras aguas.

“¿Por qué no dejás esta vida, Picaflor?” le pregunté de golpe, mirando un lanchón. “Y tú por qué no la has dejao” demoró en contestar. “Yo estoy juntando plata para volver al Uruguay” dije: “Esto se terminó”. “Mira chico” rezongó Picaflor: “Mi patria queda a cuarenta minutos de aquí. Yo nací en Guatemala pero ya ni me acuerdo”. “Buscate otro trabajo en Épinay” porfíé. Y él entendió de golpe y torció la cabeza con los ojos despiertos de fastidio. “Oye chico: con estos dos gemelos hemos nacidos juntos, ¿ya? Ellos saben que no voy a venderlos”. “El diablo no cree en nadie, hermano” sentencié. “Qué vainas: yo creo en Dios, no en el diablo. Y además soy cantor” me contestó escupiendo el cigarrillo.

Entonces volvimos a caminar en silencio hasta la gare, como si algo se hubiese cerrado entre nosotros. Después lo vi bajar al andén subterráneo y ese fue el gran error: dejarlo solo. Porque en el mismo tren bajo el que le aplastaron la inocencia viajé la otra mañana hasta Épinay-sur-Orge, para verlo volar eternamente alrededor de la muchacha.

BANLIEUE DE PEUR

EN UNO de los edificios modernos de la banlieue de Cannes (el barrio se llamaba Ranchito) me dieron la primera inyección de una serie de cinco. El médico era un francés joven y amable y puro, porque quiso creermelo: yo no había alcanzado a vivir dos meses en París cuando bajé a la costa, y en París no me había refocilado. Después el médico me dio a entender que esto que me pasaba no era extraordinario, porque la enfermedad flotaba en las letrinas como la flatulencia. Pero aquella inyección me traspasó la carne hasta el madero.

El semi-apartamento que alquilamos en Cannes quedaba en el comienzo de la carretera que sale a Ranchito y atraviesa las chacras. Era la parte baja de la casa habitada por un bodeguero. Enfrente estaba el cementerio -un cementerio hermoso, con montañas azules contra el horizonte. Cuando se ponía el sol salíamos emponchados hacia la zona de los bâtiments desparramados entre los pinares, donde pasaba el ómnibus que iba al centro de Cannes. Caminábamos los cincuenta metros de la carretera enmurada por los cipreses fúnebres y desembocábamos en la zona espacial de las cajas humanas. Con la gente mayor del barrio andábamos fenómeno (la panadera y el barista nos saludaban murmurando Messieurs les musiciens y todo) pero las cosas se nos complicaron con la patota rubia de voutus aburridos que copaban el bar y arañaban el sueño nacional francés de conocer Latinoamérica. Vernos con el charango, la guitarra y el bombo -y todavía ganando con las chiquilinas- los pasó a la violencia.

Aquel día lastimoso de mis primeros antibióticos entramos al bar-tabac para comprar un diario y cigarrillos, y ellos no estaban tomando cerveza. Los encontramos enseguida, frente a la parada del ómnibus. Cinco o seis de ellos se habían sacado el cinturón y daban latigazos contra el cordón de la vereda. Nosotros no les dimos pelota y tratamos de hacer que leíamos el *Nice-Matin*. Yo alcancé a descifrar en la primera página que esa misma mañana había sido encontrado asesinado el campeón mundial de ski, cerca de la Croisette

de Cannes. Más abajo se hablaba de los crímenes de los pied-noirs en Marseille y otros puertos. Entonces levanté mi mirada inyectada contra los chiquilines. Los miré largamente, no sé de qué manera. Lo que sé es que de golpe parecieron estar dándole latigazos a los caballos de una calesita. Y uno de ellos me señaló sonriendo que ya llegaba el ómnibus.

ESA NOCHE tocamos apenas una hora, porque empezaba el festival internacional de fuegos artificiales. Con todo, hicimos unas buenas mangas en la zona del puerto, antes de que el Japón inaugurara su muestrario de flores espaciales. Era imposible pensar en tocar cuando aquellos arcoíris de pólvora reventaban cayendo dulcemente frente a los bocabiertas. Nosotros fuimos a comernos un pan-bagna (dos poderosas rebanadas de pan de pan de campagne con atún, huevo duro y ensalada mixta) y en el carrito encontramos un uruguayo con estrellas pegadas alrededor de la nariz. Le decían el Moco y vivía (según él) de Viejotas con tagui. El Moco nos contó que ahora estaba viviendo en un terrible barco y después ofreció maruja de Colombia a bajísimo precio. Los muchachos se fueron con él y yo me fui a esperar el penúltimo ómnibus. No había nada que hacer en la Croisette y tenía ganas de releer un poco al viejo Philip Marlowe.

Estábamos sentados en la misma garita con tres árabes y tres latinoamericanos que venían de manguear. Uno era un argentino ya con canas, que me advirtió que no siguiéramos quemándonos con el Moco. “Ahora es punga” me dijo: “Se hace la temporada pungueando bocabiertas en las noches de fuegos”. El argentino y sus dos compañeros se bajaron en La Bocca, y quedamos nada más que los pied-noirs y yo enfrentados en el ómnibus. Ya hacía bastante rato que me venían fichando el estuche de la guitarra con los ojos brillantes como carbones rotos.

CUANDO BAJÉ en Ranchito ellos también bajaron. El bar ya había cerrado, y en Ranchito flotaba un silencio violáceo bajo los focos alineados hasta el cementerio. Cuando entré por la boca de lobo de la carretera ellos también entraron. Yo escuchaba el sisear de sus pasos hundiendo el asfalto caliente unos metros atrás, y trataba de andar rápido pero manso. Había cinco o seis casas entre los viñedos -apagadas y fúnebres como las de los vecinos de enfrente- y si me largaba a correr ellos se darían cuenta que la mía era la próxima. Yo tenía que aguantar todo el miedo del mundo sin rajarse: nada más. Al llegar a la casa ya les oía el jadeo y torcí de repente a la derecha y cerré con violencia la puerta de la cocina -que no tenía llave. Ellos no lo sabían y estuvieron un rato arrepintiéndose de ser sádicos lentos, discutiendo a los gritos (por supuesto que en árabe) hasta que descendieron otra vez a Ranchito con pasos apagados.

Yo me quedé leyendo a Philip Marlowe y temblando nomás que al prender los cigarrillos. Después llegaron los muchachos y les conté cómo operaba el Moco. No hablé de los pied-noirs. Los muchachos rabiaban porque le habían seguido la corriente al Moco y esperado encerrados en un yate roñoso sin ver la maruja. Recién cuando apagamos la luz uno de ellos me dijo (el de dieciséis años) que tenía síntomas iguales a los míos. Yo me pasé las manos por el pelo pero no dije nada. “¿Duele mucho el pinchazo?” me preguntó después. “Duele” le dije: “Pero tenés una ventaja enorme: cuando resucitás no te dejás pudrir nunca más por el miedo ni por los bocabiertas. Lo acabo de aprender leyendo a Philip Marlowe”.

JUEGO DE LUNA Y ARENA

MI PRIMER VIAJE a Italia duró muy pocas horas. Se cumplían mis tres meses de residencia en Francia y ese era el plazo que se daba a los turistas para permanecer en el país (teóricamente, claro): estábamos en Cannes y era fácil y hermoso contornear la mañana de los Alpes marítimos para llegar a la frontera y allí hacerse sellar el pasaporte con una salida y una entrada inmediatas.

El tren fue atravesando las secuencias cambiantes del espejismo azul de los cerros cuajados contra el Mediterráneo. Al cruzar la frontera vimos envejecer relampagueantemente los tejados naranjas y los blancos quemantes de los caseríos: Ventimiglia emergió bajo un ocre cristal descascarado que me reventó el ánimo. Pero mi compañero el Cordobés era un muchacho predispuesto para esta clase de excursiones, y después del primer doble fracaso frente a los aduaneros (que no sellaban el pasaporte ni al entrar ni al salir, aunque uno lo pidiera) nos sentimos alegres y rabiosos de hambre. Ni quisimos saber cómo era Ventimiglia. Bajamos un par de cuadras entre el vapor de los 40 grados y nos metimos en un restaurant más o menos decente. Adentro no había nadie. Estaba fresco, y nos dieron un rosso encorpado y tibión antes de los raviolos. El mozo era un andaluz de unos cuarenta años con los ojos hundidos, la melena ya gris y una nariz de barco. Había venido a Italia al terminar la guerra. Después de conversar un rato nos presentó a la cocinera: la trajo desde el fondo agarrada del brazo y nos hizo una guiñada y le explicó en italiano que éramos músicos sudamericanos que trabajábamos en Cannes. Yo lo corregí y le dije que a mí no me llamara músico por rascar la guitarra y cantar porquerías. “Soy escritor” le dije: “Soy un es-cri-tor”. Y veía el delantal harinado y henchido de la cocinera, una italiana joven que un momento después se tocó la barriga para dar a entender algo obvio. El mozo agregó en español (riéndose despacito) que el padre del bambino podía ser cualquier hombre del pueblo de los que saben tapar una cara con la almohada.

Eso a mí me dio náuseas y no disimulé. La muchacha era tosca y tenía en la mirada campos de estupidez florecida en dulzura. Le hizo señas al mozo para que nos explicara algo más. El andaluz cambió de tono y contó que su padre tenía sangre gitana y aseguraba siempre que no hay nada mejor para purificar un hijo que bañarlo con la sal de la luna, antes del nacimiento. “Ella se baña siempre. Yo se lo enseñé” decía el mozo mezclando el cariño y la burla: “Pero desnuda. Se baña desnuda. Hoy le toca bañarse porque hay luna llena”. La muchacha bajaba la cabeza, “¿Y usted que ha escrito?” me preguntó el mozo. “Nada bueno” le dije: “Nada, por ahora”. La muchacha volvió corriendo a la cocina.

AL VOLVER a pasar por las aduanas me di cuenta que el rosso estaba fermentando, porque los trámites aquellos se me hicieron eternos. Claro que en realidad no eran ni trámites, sino ruegos borrachos para que me estamparan un miserable souvenir (así se los pedía) dentro del pasaporte. El empleado italiano fue a consultar adentro justo cuando llegaba de la aduana francesa una oleada de gente. Entonces un turista me mostró el pasaporte con ojos temerosos y se lo revisamos con el Cordobés y le dimos permiso para entrar a Italia haciendo enormes gestos. Revisamos la cola entera sin llegar a ir presos. El empleado volvió diez segundos después de que pasara el último turista y me dijo que no,

que no podía sellarme el pasaporte. Era un hombre simpático (hasta me aconsejó comprar un souvenir menos extravagante en uno de los quioscos de la estación). El empleado francés, en cambio -un cuis malhumorado con mirada filosa- terminó sospechando el fondo del asunto. Me preguntó si vivía en Francia y al final me advirtió que tramitara inmediatamente la *carte de séjour* o la iba a pasar mal. Cuando volvimos a tomar el tren nos dormimos de golpe, y yo soñé que un bulto de poesía sin sellar me latía en el testuz como un tumor de muerte.

ESA NOCHE cantamos hasta tarde en la Croisette de Cannes, y un quenista francés que tocaba con nosotros me miró el pasaporte y lloró de la risa mientras le contábamos el viaje a Italia. Yo no tenía sellada ninguna entrada en Francia, me explicó después. Sólo tenía sellada la salida de España (de Port-Bou) y eso era todo. Podía quedarme siglos à *France la douce* siempre que me cuidara, me aseguró entreabriendo una muequita. Yo dejé a los muchachos con tres mujeres lóbregas y bajé hasta la arena y allí estuve sentado hasta la hora del ómnibus, para purificar los versos de mi frente con la sal de la luna.

EL GALLO NEGRO

NO PUEDO recordar el nombre de la cantina veneciana donde intentamos comprar fiambre a las ocho de la noche para hacernos refuerzos en el tren. No vendían comida suelta, por supuesto. Pero cuando explicamos que se nos había acabado la plata para pagar una cena (y que ya no encontrábamos almacenes abiertos) la voz del hombre calvo cruzó el mostrador invitando con vino. No parecía italiano: mediría uno noventa, usaba traje azul y corbata granate sobre camisa negra. Su calvicie total brillaba opacamente, desbordando en su cara como poesía cruel. Le calculé no más de treinta y cinco años, y una gran soledad mal soportada.

Nos sirvieron un rosso que me latió instantáneamente en la cabeza, sumado a los alaridos del patrón (un petiso ojeroso que se trezaba en discusiones incomprensibles y fulmíneas siempre sobre el Duce). Nosotros habíamos llegado desde Cannes esa misma mañana confiados en poder pasar el plato y quedarnos un tiempo, pero la prodigiosa pesadez del color de Venecia nos obligó a gastar los ahorros del verano comiendo en un buen restaurant y hasta fotografiándonos en góndola. Después el hombre calvo hizo que le mostráramos el charango y el bombo, y a la segunda vuelta del rosso burbujeante terminamos tocando algunos huaynos. “Música para olvidar a la muerte” dijo el gigante en francés con cara melancólica: “En muchos campos de concentración los judíos eran obligados a caminar hasta los hornos cada cual tocando su instrumento, fuera un violín o una garganta ronca”. Su soledad pareció iluminarse entonces, y hasta me gustó.

Después nos obligó a hacer una peregrinación encegueda por distintos boliches. Atravesábamos placitas con balcones con ropa tendida y balazos celestes en los televisores y algún rostro asomando entre macetas. El hombre estaba cariñoso: nos hacía tocar huaynos en cada boliche, nos pagaba otra vuelta, hasta ofrecía mariscos que dormían bajo sucias campanas de cristal. A mí el hambre ya casi me volteaba, pero nos habían advertido en Ventimiglia que no probáramos mariscos por la peste declarada en Florencia.

Al final terminé comiendo unos calamaretti junto con aspirinas. El pelado pagaba, igual. “Y todo es una peste” pensé casi sonriendo. (Unos meses más tarde, cuando mi adolescencia fue abruptamente asesinada, aprendí a no volver a repetir ni propagar palabras que suscribiese el diablo.)

CUANDO SE hicieron las doce nos fuimos acercando a la estación. Debe haber sido entonces que descubrí una alianza ennegrecida en la diestra del gigante. Mis compañeros habían entrado a la estación a sacar los pasajes y nosotros estábamos entreparados junto al Gran Canal. El anillo, el cigarro, la calvicie y los ojos del hombre brillaban opacamente frente al denso temblor mal perfumado. Tuve la sensación a entenderlo recién cuando vi la alianza, pero me callé. “Música para olvidar a la muerte” me repetí apiadado y lúcido, mientras él preguntó distraído qué pensaba del Duce. Yo escupí en el canal sin contestarle. “No tiene importancia: hemos sido felices esta noche, Abel” dijo después palmeándome la nuca: “Mi casa es tuya aquí en Venecia, hermano. Siempre que vuelvas con esta camisa”. Y torció la corbata color sangre para mostrar la tela color muerte abajo.

No sé por qué no tuve miedo ni ganas de que llegaran mis compañeros. Seguí viendo pasar las sombras de las góndolas bajo los luminosos puentes reflejados. Y al rato lo miré. Se había erguido hasta el final de su metro noventa y esperaba mis ojos tras una máscara orgullosa. “Qué es lo que pasa con tu mujer” pregunté a quemarropa. El golpe lo dobló. Su máscara se descompuso y el infierno asomó en su mirada durante una fracción de segundo. Pero no fingió sorprenderse: le quedaron los ojos serenamente sucios cuando me explicó que Giulietta era demasiado decente para un hombre con fuoco. Y se acarició el cráneo. “Ya se fue la belleza” dijo fúnebremente: “Ahora tengo que pagar. Y pagar no me gusta”. “Ni volver a tu casa” murmuré saludándolo con una inclinación de cabeza.

Esa noche, en el tren que nos llevó a Milán pensé que hay gente que camina cantando para matar la muerte y no para olvidarla.

EL DESTERRADO

LA PENÚLTIMA vez que nos tocó actuar juntos con el negro Batalla fue en Juan-les-Pins, una noche-hormiguero de finales de julio. Fue en la Black Horse, una bôte ambientadísima donde te probaban en público (pagándote nomás que un gin con naranjita) te chupaban el show y después hasta siempre. Ya nos habían hecho ese juego el verano anterior. Pero a nosotros nos acababa de expulsar la policía de Cannes -ese año se habían juntado demasiados mangueros y demasiados viejos ricos en las terrazas de la Croisette- y no quedaba otra que probar otra vez en las playas de Scott.

Juan-les-Pins tiene un parque donde esa noche iba a tocar Miles Davis al aire libre (aunque no a puerta libre) y al otro día actuarían los Glober Trotters en el mismo escenario. Allí encontramos a Batalla, pulverizando hasch entre los los viejos pinos. Nosotros recién habíamos bajado del tren y torcido hacia el parque y esquivado las dos calles centrales del balneario. Entonces nos topamos con el negro acodado contra un Citroën mugriento. Él dejó la piedra y el encendedor arriba del capot y nos dio un bruto

abrazo a cada uno. Después nos advirtió que Juan-les-Pins era un sitio imposible para pasar el plato. Cuando le contestamos que teníamos la prueba en la Black Horse se acomodó el chambergó blanco con una mirada sobradora aunque desconfiadísima. “Eu estou contratado nessa bôite” mintió volviendo a chamuscar el hasch. Nosotros nos sentamos abajo de un pino y votamos comprar tres hot-dogs y una sola botella de cerveza en el carrito próximo. Así andaba la cosa esa última semana. Batalla, en cambio, estaba bien vestido y exageraba mucho más su acento brasilero que en la bôite de París donde lo conocimos. A nosotros nos quedaba una caravane a pagar en un camping de Cannes (debíamos casi 500 francos, todavía) donde te retenían el pasaporte para que nadie pudiera borrarse. No teníamos laburo en 50 km. a la redonda. Eso pensé sin rabia ni desesperación, masticando el hot-dog desamparadamente bajo el caldo naranja del crepúsculo. De golpe vi aparecer una cara fantasma por la ventanilla trasera del Citroën y mirarme sin verme. Era un negro muy joven que tenía la mirada de haber recién dormido y soñado con algo que también me faltaba. Cuando subió los ojos color rosa en dirección al cielo, sentí el frío del verano quemándome los huesos.

HICIMOS TRES cuartos de horas mezclando huaynos y guajiras y canciones modernas con bongó, a tres voces. Nadie bailó y todos oyeron aplaudiéndonos con respetuoso aburrimiento. Así fue que ninguno de nosotros tres dejó de ilusionarse (después de un gin tonic) con el dulce contrato. Tuvimos que esperar que tocara Batalla para saber la decisión del gerente pelado que al final nos mostró la puerta, como siempre. Pero yo me entretuve soñadoramente con los adolescentes que giraban brillando entre aquella luz negra. Eran maravillosos a pesar de sí mismos y lo que harían después, al salir de la bôite o sentarse a bobear sin salir de la bôite. Había dos Glober Trotters bailarines también, que debían encorvarse para pedir un whisky bajo el techo más bajo del sector del bar.

Allí encontré acodado al negro que había levantado la mirada infantil desde el Citroën al cielo. Me fue imposible descifrar cómo diablos se juntó con Batalla. Era brasilero auténtico, periodista me dijo (y yo no me di cuenta si eso quería decir periodista o jornalero). Pero se había encurdado tanto con aquel medio gin que no pudimos entendernos más. Después lo vi tocar su ton-ton nacarado al lado de Batalla, bajo las luces negras que los hacían fosforecer acompasadamente. Batalla hablaba con estupidez, con ronquera y cinismo de su infancia en Bahía (era más angolés que un cocodrilo del Kunene) y cantaba peor que un gorila fumado. Pero el tambor del otro negro sonaba como un pueblo. Yo le miré fosforecer los ojos nacarados mientras se entrelazaban mi orfandad y la suya al ritmo del destierro.

A BATALLA también lo mandaron rodar de la Black Horse, y nos volvimos a encontrar esa noche en el parque y él invitó con hasch tras un verboso ataque de solidaridad latinoamericana. Yo lo fumé con miedo, como me pasó siempre. El free-jazz de Miles Davis despeinaba el perfume de los pinos sobre las caras de los reventados que se habían congregado en las puertas del cielo. A la cuarta pitada me tocó remontar una calle de pinos iluminada con gas de mercurio donde fui adolescente y rocé una cintura hilada en seda blanca. (La libertad del jazz me voló a la belleza de los hoyos del mar y la luna natal y el semen del verano.) Cuando abrí la mirada estaba como envuelto en un vuelo de lana. Pero en aquel momento el negro periodista se levantó sonriendo enloquecidamente y volvió a buscar algo encima de los pinos. Después gritó Mamá y él y yo entrecruzamos

una densa mirada y al mirar más allá del temblor de los pinos se nos desnudó el mundo. En el vientre del cielo no había más que intemperie. Y tiritábamos.

VELA DE ALMAS

DESAYUNÉ EN Le Gorille cerca de las seis, viendo crecer el amanecer sobre los cerros y los yates anclados frente a la terraza. El empedrado de Saint-Tropez parecía virginal cada mañana, cuando sólo quedaban dos terrazas abiertas y la luz verdeazul se perfumaba con los croissants calientes y los café-crème. Hasta podían llegar a concebirse las futuras mañanas otoñales (o el domingo en la plaza con campeonatos de pétanque entre los pescadores, o las mismas mujeres que ahora trabajaban dieciséis horas diarias sin ojos de cansancio). Pero todavía era agosto y esa noche habría corso como ayer: la infatigable masa de turistas sentados o paseando ida y vuelta apelmazadamente hasta la madrugada. Los demás extranjeros éramos todos músicos o marineros o artesanos, aunque la noche anterior apareció un negrazo con pollerín y zapatillas rosadas de ballet que recorrió de punta a punta el puerto dando volteretas. Un muchacho francés era su pez piloto y pasaba el sombrero arriba de un skate (como un surfista entre un oleaje humano) hasta que casi al lado nuestro perdió el equilibrio y voló y se partió la cabeza contra un yate.

A las once habíamos dejado de pasar el plato para seguir cantando en Chez Marlene, un piano-bar donde cobrábamos algunos francos fijos además de codearnos con vedettes tan vetustas como el magnate Krupp, Sacha Distel o escritores de thrillers venidos a menos. *Junto a los ríos de Babilonia estamos sentados y lloramos*, me recité esa madrugada encerrado en el baño mientras un alemán rompía a piñazos los vidrios del frente. Ahora, desayunando solo (mis compañeros rodarían con muchachas ya ni siquiera tristes) una borra remota me rebasó de golpe incontrolablemente, como si Saint-Tropez tuviera la magia diabólica de iluminar pecados enterrados.

EMPECÉ A caminar hacia la parada de taxis y encontré un yate nuevo con un impresionante Buda de oro vigilando la popa. Entonces me frené. Más allá, en la cubierta vecina fue una estatua carnal lo que brilló en el alba: una vieja de peluca plateada que miraba hacia arriba en posición budista y hacía oscilar sus ojos como viendo un partido de ping-pong.

Me escapé conteniendo el horror con los músculos, y al llegar a la parada encontré un hombre grande y cuarentón sentado junto a la garita. Me saludó ofreciéndome cerveza de una botella sin efervescencia. Después siguió mirando el semicírculo de los tejados que recibían la luz horizontal como un baño de cobre humeante y húmedo, frente a los altos yates. De vez en cuando se reía sacudiendo la cabeza y sacaba un cigarrillo suelto del pantalón. Me lo ofrecía, besándose los dedos para darme a entender que eran maravillosos. Yo estaba tan atabacado como malhumorado, pero al final entramos en conversación manejando una especie de dialecto texano donde mi inglés y su español llegaron a encastrarse. Le conté que esperaba un taxímetro para irme al camping de la playa nudista, que mi carpa era un horno después de amanecer y el trabajo un infierno después que oscurecía.

“Musico” dijo el hombre devorándose el tilde y besándose los dedos. Y empinó la cerveza y me contó que él viajaba a pintar paisajes blancos en el sur de Marruecos y cómo había pescado la tarde anterior y limpiado el pescado para asarlo y comérselo en una baguette fresca. Después se había dormido al abrigo de los pinos que hay en la Citadelle. “Hermoso” murmuró en español. Recién entonces me di cuenta que tenía una mochila hecha pedazos y que yo iba a tomar el primer taxi que llegara y a tirarme a dormir con cierta dignidad aunque con la alegría perfectamente devorada. “Mire” el inglés señaló de repente a la vieja pelucona que miraba el ping-pong espacial sobre cubierta: “Ese es un lord, aunque usted no lo crea. Lord Jonathan MacCarthy” dijo sonriendo lastimosamente. “¿Dijo un lord?” pregunté. “Sí. Es un personaje bastante célebre en mi ciudad, por lo menos”. Y agregó en español: “Es un pastor de almas”. Yo le miré los ojos compasivos y empecé a preguntarme si estarían en estado de pureza o locura. Él agregó con voz confidencial: “Se salvó en un naufragio durante la guerra, a bordo de un vapor francés que encalló frente a Liverpool. MacCarthy era actor en ese tiempo, y se coló disfrazado de mujer en uno de los pocos botes salvavidas que pudieron salvarse. Lord Jonathan no duerme muy seguido: sale a contar ahogados a cubierta como quien cuenta ovejas, ¿entiende?”. Y empinó la cerveza mientras el primer taxi estacionaba frente a la garita.

ANTES DE despedirme le ofrecí un superlong y él lo agarró mirándolo como un juguete a pila, lo besó y lo guardó. “Para después” me dijo: “Así pienso en usted”. Y me apretó la mano casi con violencia. Pero cuando el taxímetro arrancaba tuve que saludarlo sin mirar hacia atrás, por precaución: uno podía volverse una estatua de sal.

B.B EN EL SET APAGADO

*Sus romances fueron un beso con los ojos cerrados
que cuando se abren los ojos
se descubre que fue bajo los reflectores y apagan los reflectores!*
Ernesto Cardenal (Oración por Marilyn Monroe)

EN SAINT-TROPEZ: una noche se acerca un “brasileiro” (obviamente portugués) que vivía en la villa del famoso arquitecto Claude Chauvin, para saber si nos interesaba hacer dos medias horas por cien francos. “Va a estar B.B.” nos dijo: “Si se suben al auto yo los llevo. Hace como tres horas que me pidieron músicos y no pude encontrarlos más que a ustedes”.

Dio la casualidad que el día anterior habíamos comprado (contra mi férreo voto, hay que reconocerlo) tres trajecitos piolas por si se presentaba una cosa como esta. Nos hicimos llevar primero al camping a cambiarnos, y al entrar a la villa lo primero que vi fue un furioso Picasso dedicado a Chauvin con grandes letras negras pintadas en el cuadro. Lo segundo que vi fue la melena teñida de rubio de Brigitte Bardot detrás de un ventanal: nos miraba fruncida. Después entramos en la flotación de la noche turquesa que irradiaba su luz desde una gran piscina hacia divanes blancos donde muy poca gente ya había descorchado demasiadas botellas. Nadie nos esperaba, me dio la impresión. Cuando nos colocamos en un borde de la piscina se me enredó el colgante de la guitarra

y lo tuvimos que desanudar chocando las cabezas al estilo de los jugadores de rugby como medio minuto -insultándonos, para colmo. Al final empezamos a tocar relojeando a Brigitte, que ya no nos miraba más que con una inmajestuosa indiferencia. Tenía un vestido largo con delicados rojos y naranjas y rosas, salpicado por flores amarillas. De golpe pegó un salto (como arrancándose de otra región) y se sentó en un borde de la piscina. Ahora nos sonreía. Cuando nos preguntó en español si no podíamos cantar Los “ojos” de mi carreta le contesté que la sabía cantar yo solo, y ella palmeó el cemento circundante de su cadera roja para que me acercara.

Mientras iba llegando recordé fatalmente búsquedas infantiles en un placard de casa donde había un O Cruzeiro con su pecho desnudo. Me senté. Vi su pelo invitante como el de una muchacha y esas agrias arrugas que los cuarenta años trazan sobre los rostros de las infantas viejas. Eso no daba pena. Daba pena la humosa indefensión que sus ojos marrones rezumaban brillando entre la noche triste. Yo traté de cantar rendidamente, y al promediar la milonga se me abrió la mirada para verla viajar por el ácido asombro de tener que morir en un set apagado. De repente hizo un gesto de fastidio contra alguien que volteó una copa y eso la despejó.

Cuando terminé de cantar Brigitte me dijo que adoraba la música y que siempre alojaba a cantores amigos en La Madrague. Yo caí entonces en la barbaridad de preguntarle qué era La Madrague. “Mi villa en Saint-Tropez” me contestó irritada. Como no supe dónde meterme le pregunté si estaba haciendo cine. “El cine me jode” contestó reteniendo sus dientes superiores un milímetro antes de la grosería. Pero enseguida me acarició el brazo sonriendo: “Quiero que vengan a enseñarme a tocar la guitarra a mi casa. Me apasiona la música sudamericana. Hoy no puedo cantar porque estoy ronca: la tormenta de ayer me resfrió”. Cuando sacó su brazo tuve un erizamiento retroactivo, aunque le pregunté como si no pasara nada: “¿Qué opinás de Atahualpa Yupanqui?”. “No sé quién es” me dijo: “¿Es algún cantor nuevo?”. Yo no le contesté porque en ese momento alguien gritó desde adentro que corriésemos a escuchar a la nueva Edith Piaf. (Era una muchachita apenas recordable que había estado tirada todo el tiempo en un diván con cara de dormida.) Entonces sucedió. Brigitte se quedó tensa y nos miró en silencio y gritamos que no, que nosotros seguíamos aquí afuera. Ella sonrió a Laurent Vergez (el veinteañero que la acompañaba) y a Chauvin y a su efebo “brasileiro” -que también fueron fieles- y agarró una guitarra y se puso a tocar tres acordes de guajira, interminablemente. Mis compañeros la apoyaron en guitarra y bongó, mientras yo improvisaba en español algo como un mensaje anagramado que Brigitte comprendió (tengo la foto exacta de cuando está mirándome con la risa espumosa y los ojos desnudos que no ofreció en los filmes donde la desnudaron): sólo quise decirle que en el set apagado la piedad es la luz que jamás envejece.

DOS SEMANAS después se festejó el cumpleaños de Claude Chauvin en el Club 55, uno de los ambientes más chic de Saint-Tropez. Nosotros ya lo conocíamos: habíamos pasado el plato en su playa privada sin levantar un franco. (Fue uno de nuestros primeros mediodías en Saint-Tropez, y cantamos chorreando bajo los largos ponchos frente a treinta muchachas que tomaban el sol totalmente desnudas tiradas en divanes, con los sentidos muertos.) Esa noche también estaban contratados el negro Batalla y su percusionista-jornalista: el dúo de Juan-les-Pins.

El primer pasaje lo tuvimos que hacer a lo largo de las mesas: había muchas vedettes, pero sólo B.B. nos miró como a gente. Al rato pasó el angolés y ella se levantó y empezó a coquetear con aquel cocodrilo hasta que nos encabritamos de los celos. (Me acuerdo que al percusionista se le caía una baba casi rosa de los ojos recién desplacentados.) Pero al hacer nuestro segundo pasaje bajo las glorietas ella llegó descalza y volvió a salmodiar aquellos tres acordes de la eterna guajira. Claude Chauvin tocaba las maracas y otras vedettes bailaban o llegaban por turno a premiarnos con máscaras de alegría delirante. Yo miraba a Brigitte y tal vez ya pensaba que no había nada falso bajo su festejar: era como mirar a una perseguidora (para hablarlo en Cortázar y Machado a la vez) de la fruta espejada en la fuente sin fondo. Después bailamos mucho rato -ella y nosotros tres- completamente hundidos en la felicidad de las rondas remotas del colegio.

De repente alguien pidió una foto y posamos abrazados. B.B. estaba descalza y yo con grandes tacos: hasta esa suerte tuve. (Cuando mandé la foto para Montevideo mi familia creyó -por fin- en las mentiras que les escribía siempre sobre mi dulce vida.) Al rato cayó el angolés a despedirse, entornando los ojos. Le pidió un beso y ella estiró su mano y el angolés porfió por el maldito beso, con su risa de calavera negra. Brigitte se fastidió y él se puso el chambergo y roncó: “Bicha loca”. “Bicho tú” roncó ella. Y corrió hacia las mesas. Volvió un rato más tarde, del brazo de Laurent Vergez. Nos apretó la mano con oscura ternura -desentendidamente- y no se despidió.

AL OTRO día me desperté cinco minutos antes de que cerraran el restaurant del camping. Corrí medio dormido y encontré al bretón bruto que dos por tres me aplastaba la puerta contra la misma barba, cancerbeando la entrada. Lo miré resignado pero él me sonrió. “Adelante” me dijo: “Para usted siempre hay sitio”. Y antes de colocar el steak en la mesa me puso un diario doblado donde estaba mi cara escrachada detrás de Brigitte y Chauvin.

Bajo las estrellas de Pampelonne, hacia las 22 horas, prácticamente todas las celebridades con las que cuenta Saint-Tropez se reunieron para cenar a la luz de las velas. Gracias a la magia de los músicos brasileiros la pista se llenó de parejas tan célebres como Roger Vadim y Catherine Schneider, Vincent Roux y Mme. Troques, B.B. y Laurent Vergez, Régine y Roger Choukron, Eva y G. Cibault, reseñaba el Nice-Matin en su sección sociales. Era para reírse. O tirarle los platos por la cabeza al maldito bretón.

La otra foto valió bastante más que un steak con tomates: ese mes de setiembre llegamos a hacernos pagar 1.500 francos por una soirée, sólo con agitar el documento mágico. (Al volver a París uno de mis compañeros se fue de paseo a Amsterdam, donde le robaron de un saque hasta el último franco. Lo que se le ocurrió como último recurso fue presentarse -drogado y todo, como estaba- en la Jefatura de Policía para pedir que le facilitaran el regreso a París. Contaba que lo miraron peor que a un perro. Entonces les mostró la foto con Brigitte, y los tipos primero lo abrazaron por turno y acabaron pagándole sobradamente el pasaje de vuelta.)

Por fin apuntaré que una noche otoñal llegó Sacha Distel al piano-bar donde cantábamos y se sentó a comer un plato de tallarines y escucharnos con ínclita benevolencia: hasta nos elogió cuando se iba. Pero en ese momento vio la foto pegada en la cartelera del bar,

y lo oscureció una celosa carga de melancolía. “Ah, pero si se tratan con vedettes”, rezongó con dulzura. Y se fue sin poner nada en la pandereta.

LA LUZ NO USADA

DESDE LOS ventanales de la princesa Leda Sarkis se veían las montañas como mareas crecientes y aterciopeladas oscureciendo al ritmo del crepúsculo. Yo estaba frente a un Chivas Regal más espectacular que el Grundig donde debía grabarle a la princesa la canción que una noche “la hizo volar” en La Grenouille. No me pagaban, pero daba igual. Esa tarde recorrí toda Hamra con la guitarra a cuestas y torcí a la derecha entre olivos y otros árboles densos y llamé en el portón de un palacio estucado más bien triste. *Ábreme hermana mía, frívola mía, inaccesible mía* me estaba recitando cuando una especie de edecán confianzudo (que bailaba con ella en La Grenouille) me hizo entrar poco menos que abrazándome. Leda Sarkis se había tenido que hacer una escapada a Israel, me dijo, pero igual me anidó sobre un puff, me invitó a ver el fastuoso crepúsculo que los cielos no brindan sólo a los sangriazules, y allí estaban el Chivas y el Grundig y un sirviente sonriente poniéndome cuatro marcas de cigarrillos importados a disposición.

Hicimos una prueba después de haber conversado y tomado dos whiskys con el edecán, que conocía bastante de trucos sonidísticos. Se llamaba Oalid: era egipcio, tenía una pinta bárbara y una docena de años menos que la princesa. (Con el segundo Chivas sus pupilas se aguaron casi poéticamente al soñar con vivir en L’île de la Cité.) Las montañas ya se habían estrellado de collares temblantes, y mi error -si hubo error- fue tomar el tercer whisky. Porque de la canción pareció desprenderse más que nunca el temblor inasible de la fruta dorada reflejando en el fondo de la fuente. De golpe vi una sombra asomada en la puerta. Terminé de cantar y la miré, erizándome: los ojos moros de una mujer con delantal brillaban como aljibes de ternura revuelta y barro comulgando. Retiré la mirada antes de que volviera a la cocina. Pero después de despedirme y caminar por Hamra en dirección a La Grenouille para empezar a trabajar, tuve la sensación de haber visto mi alma.

LA BÔITE-RESTAURANT donde cantábamos era la mejor puesta de Beirut, y contrataban músicos sudamericanos o franceses especialmente traídos de París. (Teníamos buena comida y sueldo fijo, además de un soleado apartamento donde poder olvidar durante un mes las cucarachas hoteleras.)

Leda Sarkis llegó tarde esa noche, con un judío canoso de ojos congelados. Ella andaría por los cuarenta, tenía la cara demasiado alegre y la pollera demasiado corta, sin alcanzar a parecer joven ni falsa. Nos pidió la canción -con un acento casi madrileño- apenas se sentó. Yo la canté con ganas otra vez, sumergiendo el aliento en el micrófono que inundaba el salón apenumbado: la princesa apoyó la cara en una mano y hubo dos faros fijos contemplando el temblor del amor espejismado en el fondo del tiempo.

Diez minutos después, sentados en su mesa le pregunté si por casualidad la cocinera no era de descendencia española. “Es marroquí” me contestó, vaciando una copa de vino con demasiada sed: “¿Te contó algo Oalid?”. “No” le dije: “Pero me di cuenta que entendía

castellano porque salió a escuchar mientras grabábamos el tema. Leda me interrumpió con un gesto asombrado. “Pero si es sordomuda” murmuró acariciándome.

LAS MANOS DE LOS ESCLAVOS

Las ruinas de Byblos (la primera ciudad humana, según los libaneses) quedan muy pocos quilómetros al norte de Beirut por el camino de la costa, pero para llegar a Baalbek (la ciudad más importante del imperio romano oriental) se deben cruzar en coche las montañas. Sobre las últimas montañas, cuando ya se habían terminado definitivamente los espiralados alrededores de Beirut vimos franjas de nieve primaveral rodeando la carretera como ríos. Más adelante estuvo el valle, brillantemente fértil y salpicado de deprimentes agrupamientos de casas contra la carretera.

Después de ver las ruinas de Baalbek y haber hecho el utópico intento de fotografiarnos junto a un camello sin pagar, almorzamos en el pueblo. Elegimos un restaurant situado en un primer piso polvoriento donde un viejo vestido con sábanas grises terminó de fumar una pipa de agua apoyada en el suelo antes de prepararnos los obligatorios platitos con cebollas heladas, garbanzos y esa especie de mayonesa gredosa que es el hommos. Pedimos dos medios pollos y una botella de rosado. A la media hora, cuando los platitos y la botella ya habían sido vaciados apareció un muchacho de unos trece años, avisando que faltaba muy poco para el pollo. Estaba occidentalmente vestido, hablaba un francés correcto y ya había averiguado que éramos los músicos sudamericanos que cantábamos en La Grenouille.

“Mi hermana los reconoció por las fotos de los diarios” dijo aceptando un cigarrillo rubio y poniéndoselo en la boca para sacarle medio centímetro de tabaco con una palita. Allí puso una piedra de haschich sin pulverizar. Después prendió y me lo pasó, pero le contesté que ya habíamos tomado mucho vino. Era el nieto del dueño, nos explicó mientras el viejo gris colocaba los platos en silencio. Entonces nos preguntó (el muchacho) qué nos habían parecido las ruinas y esperó la respuesta con una heredada satisfacción copándole la cara. Yo preferí no hablar. Por eso me hice señalar dónde quedaba el baño mientras el viejo nos descorchaba el segundo rosado.

EL BAÑO era un cuchitril de novela de Conrad aparentemente sin luz artificial, donde recién pasados algunos segundos empezaron a filtrarse una claridad y una radio remotas. “Ayer fuimos a Byblos y vimos un amontonamiento de ruinas prehistóricas y fenicias y griegas y romanas y árabes. Pero aquello era hermoso, madre” murmuré. La radio se apagó más allá de las latas. Entonces la reconstrucción imaginaria del lujo bestial que acabábamos sólo de entrever en las ruinas de Baalbek reventó contra un verso como un viborazo contra un pararrayos: *Que se me seque la lengua y tenga cáncer en la boca si yo no me acordara de ti, Jerusalén* me recité y salí.

Volví a la mesa donde el Cordobés y el muchacho ya se habían acodado como frente a un espejo deformante. El muchacho era rubio y entrecerraba la mirada estriada mientras contaba un cuento interminable donde a un hombre acostado le cerraban un ojo con una

moneda y otro volvía a tapar el ojo acusador y alguien volvía a robarse la nueva moneda. “Era un maldito, el viejo” rezongaba volando a respetable altura: “Me hacía trabajar catorce horas diarias en el restaurant y cada vez que me encontraba soñando con la guitarra se daba cuenta y me rompía la espalda a latigazos. No me daba monedas: me pagaba con pan como a los chanchos. Por eso yo le robé lo que vale una guitarra. Fui calculando y no le robé más: lo que vale una guitarra”. Yo no pude entender una palabra, aunque a esta altura ya me sentí lo suficientemente lúcido como para poder pagar y agarrar justo a tiempo el taxi que nos trajo.

AL SALIR da Baalbek volvimos a ver recortarse el racimo de ruinas polvorientas contra las montañas, como una cáscara desencarnada del alma de Manhattan. Entonces el Cordobés me preguntó qué me había parecido aquello. “Que esto no se le para ni a la altura de los tobillos a Byblos” le contesté. “No: qué te pareció el cuento del mocoso” me corrigió poniendo un ojo duro y tapándose. “Ah, no le entendí nada. ¿Quién era el tipo ese acostado que le ponían y le sacaban monedas de arriba de la cara?”. “Era el padre del mocoso. ¿Quién va a ser?” rezongó el Cordobés: “¿Ni eso entendiste, boludo? ¿En Uruguay no usan una moneda para cerrarle los ojos a los muertos? Bueno, este mocoso va a comprarse una guitarra con la plata que se hizo en el velorio del padre, robándole monedas de arriba de los ojos”.

MENINA MORTA

CONOCÍ A Randall Cummings mientras lavábamos camisas enfrentados sobre la misma tina, una mañana helada y deslumbrante de primavera portuguesa a orillas del Tajo, en el albergue de Catalazete. Fregábamos con las manos moradas y conversamos todo el tiempo, a pesar de mi inglés. Me acuerdo que él me preguntó si en Uruguay se conocían los lavarropas y yo le contesté que había uno gigantesco en la plaza Independencia, donde la población colocaba por turno sus pilas de taparrabos.

Esa tarde visité la catedral de Sé, que es un fuerte de Dios amarillo y sencillo (y hoscamente románico) donde velé a la Virgen mientras oscurecía. No dejé de velarla durante toda la semana que pasé en Lisboa. Era Semana Santa y oscurecía bastante tarde, aunque me daba el tiempo justo para bajar la Alfama en ómnibus y tomar un tren suburbano y llegar al albergue antes de que cerraran. Se cenaba barato, entre un escándalo televisivo y otro en vivo de gringos mochileros. El cigarrillo de post-cena perfumaba la soledad, pero aquel clandestino que prendíamos a tientas en las cuquetas sólo me hacía saber que el amor faltaría por tanto tiempo que hasta las rentas del recuerdo terminarían por acabarse.

Randall Cummings colocó su bandeja frente a la mía y dijo que había visto un estuche de guitarra cuando abrí mi ropero. Le expliqué que pensaba radicarme en Barcelona o en París para cantar folklore latinoamericano. Él me contó que tocaba folk-rock y que había conseguido un empleo de camionero esa misma mañana para viajar hasta Estambul. Me invitó a festejar con dos botellas de vino en las rocas, cantando y viendo amanecer la luna y después el sol. Se frotaba las manos con un entusiasmo emocionante.

AQUELLA FUE la primera y última luna color bermellón que me ha untado los ojos. Apareció tajeada por la diadema del puente lejano, irreal como una rosa en la jeta de la ciudad. El vino tenía olor a aceitunas, y el Tajo se hinchaba. Cuando los focos roncadores dejaron de barrer la rambla la luna ya era una naranja borracha desprendida del puente, recalando en un flujo rojo y oro. Entonces Randall agarró su guitarrón acústico y cantó un largo blues frescamente improvisado. Yo canté una canción de amor herido. Después nos confesamos mientras nos helábamos y tomábamos la segunda botella bajo un viento de nácar.

Randall tenía veintitrés años y era de Los Angeles, y me contó cómo pudo salvarse de ir a Vietnam mientras su hermano mayor ahora tenía los tímpanos agujereados y se había vuelto adicto a la Coca-Cola. De golpe alzó los ojos hacia el universo y agregó que la vida era hermosa y que alguien estaba esperándolo en algún kibbutz. “Por eso agarré el trabajo” dijo frotándose las manos. Le pregunté quién era la muchacha pero él me contestó que no tenía la menor idea. “Tampoco soy judío” agregó: “Pero el viento me dijo que ella me está esperando allá”. Y mostró los dientes fluorescentes donde brillaba un alma separada de la bestialidad y el mal y todas las mentiras. Al rato me preguntó si creía en el amor y yo le contesté que estaba divorciándome aunque no del amor. Eso lo hizo cantar otro blues tan sin muerte que no quise contarle mis visitas a la Virgen de Sé. Nos despedimos al amanecer, con la amistad humeando en las caras moradas.

LA CATEDRAL de Sé tiene un semicírculo de celdas por detrás del altar mayor donde duermen ilustres caballeros esculpidos cobre sus ataúdes, con sus perros y espadas y rostros como máscaras. Yo iba a la cuarta o quinta celda (ya no me acuerdo bien) y me paraba frente a un ataúd que no mediría más de uno sesenta. Lo que había esculpido era un cuerpo de muchacha con un perro a sus pies y una Biblia delante de su rostro. Había muerto en el siglo XII o XIII, pero todavía huelo el polvo enamorado que volaba en la luz de los atardeceres.

El día que abandoné Catalezete salí de Sé temprano y subí al Castelo de São Jorge con la guitarra y la valija a cuestas. La ciudad blanca y roja resplandecía entre un río de terciopelo, y el recuerdo de Randall me rodeó. Que no veles jamás a la que está esperándote, pensé sonriendo como quien no llora. Como quien fue al amor y hoy canta solo.

EL AMOR QUE SE FUE POR EL AIRE

ANTES DE entrar a la Alhambra vi una pareja de gitanos ciegos vendiendo globos con gas sentados en un carro. Los racimos de globos se bamboleaban reflejando el dorado maduro que brillaba en las torres de la tarde. Cuando entré vi otros ciegos *-el extranjero bárbaro invasor* que lapidara el poeta- con sus pompas gomosas y explosivas, los equipos de rugby y las máquinas filmicas. Para poder estar solo un rato me escondí en una torre desde donde se podía ver el Generalife y escuchar el reflejo inefable del viento sobre un

foso con álamos. La belleza del mundo me mareó. Más allá, entre las cumbres de la Sierra Nevada la primavera preparaba un temporal plateado.

Antes de irme reconocí el estanque donde se fotografió Lorca en 1927 y le pedí a una muchacha andaluza que me sacara una foto. Ella me preguntó si yo era poeta, yo si ella era de Granada y después bajamos hablando a la ciudad. Se llamaba Leonor. Era maestra en Sevilla, había venido a ver unos parientes y llevaba una niña de la mano que tenía la mirada más azul que me miró jamás. Se llamaba Sofía. Cuando les dije que ni la mezquita de Córdoba se podía comparar con La Giralda, tuve el premio de ver iluminados los hondos faros moros de Leonor. “Vale” me dijo. Y me invitó a cenar en lo de su cuñado, que cantaba flamenco.

AL PASAR por la plaza compré un globo con gas para Sofía. Los vendía la pareja de gitanos que habíamos visto enfrente de la Alhambra: los racimos de globos se bamboleaban peligrosamente en las babas del viento tormentoso. Después Leonor me hizo entrar en un patio andaluz y llamó a una mujer que fregaba el mosaico. Le hizo una seña de complicidad. “Cuéntale” dijo: “Lo de Federico”. La mujer parecía acostumbrada al relato prohibido que heredó de su madre -que lavaba ese mismo mosaico cuando en 1936 hubo un poeta inocente y aterrado esperando en la casa. “De noche se escondía arriba” señaló: “De mañana aquí abajo, en la cocina”.

Nos saludó y salimos. Sofía corrió adelante nuestro con su globo, empujada por un viento violento que arrastraba crepúsculos remotos. De golpe volvió a buscarnos, dando saltos. La seguimos corriendo y al llegar a la plaza vimos volar racimos y racimos de planetas naranjas y plateados descuajados del carro de los ciegos. “Dios mío” pensé. Y después: “Viento del diablo”. Pero no me animé a decírselo a Sofía.

MORIR EN MADRID

LA FAMILIA Carrión vivía en Madrid cerca de la estación de Atocha. En un viejo edificio de apartamentos sin baño que daban a galerías oscuras y descascaradas. Yo era amigo de amigos, pero la señora Lucy me ofreció sus patatas fritas incondicionalmente a los cinco minutos de escucharme cantar. Su marido Julián era un ex-combatiente - *ferroviario y hombre*- con bigotes macizos y un cansancio remoto que lo empalidecía. La segunda vez que los visité me recibió trajeado de domingo. Más tarde llegó el hijo soltero, Rafael, mientras mirábamos una corrida. Lo vi pasar de la penumbra lluviosa de las galerías a la otra más brillante de la televisión con la cara mojada. Nos saludó en silencio y se sentó. La madre le alcanzó un bocadillo de tortilla mientras Julián peleaba desganadamente contra el toreo moderno. “Fíjate ese Palomo” me decía: “Es puro traje. ¿O que ese tío no sabe que se puede torear medio más cerca de los cuernos? Vamos, estos no son toreros. Ni estos son toros, hijo: te lo digo yo. Son novillos engordaos pa engañar a los bobos. ¿O es que alguien que no sea bobo puede pagar treinta y cinco pesetas pa ver este cachondeo?”. Yo miré a Rafael, pero él no estaba oyendo. Tenía la mirada ahogada de los buzos clavada mucho más allá del ruedo cordobés.

Eran buen mano a mano, entre el Viti y Palomo Linares. Palomo no estuvo mal, aunque saludó al público como si hubiese pisado la luna. El Viti, en cambio, hacía que por momentos uno viera el dorado de su traje relampagueando en la pantalla gris. De repente cayó y recibió una cornada. Hubo algunos minutos de suspenso, pero al final volvió y mató rengueando bajo los roncros truenos del delirio. Yo miré a Rafael y lo encontré nadando aguas abajo con sus ojos ahogados. Lucy me hizo una seña por atrás. Entonces lo invité a caminar y a conocer un pub donde se hacía folklore latinoamericano. Aceptó sin ganas.

ERA UN adolescente tierno y lúcido que trabajaba siete horas diarias y estudiaba otras cuatro en la facultad nocturna. La primera vez que los visité -dos semanas atrás- no estaba sumergido. Bajamos sin conversar unas interminables escaleras (más empapadas todavía que aquel pozo cuadrado y maloliente adonde daban las galerías) y salimos a mayo. Era un mayo escapado del hemisferio sur, y mientras caminábamos hablando de pavadas me cruzó a contramano un corso de pavores. (A mí me atacaba en abril. Mordía las almohadas durante la siesta, lloraba en las duchas de los vestuarios o dejaba ir por la bombilla gruesas gotas de nácar, y en los bailes de quince me emborrachaba con la sidra más triste que cosechó la noche. Lo que me importaba enfurecidamente era no transmitir la enfermedad, pero también poder averiguar si se resucitaba.)

Por fin llegamos caminando al Museo del Prado y entramos para hacer tiempo. Yo ya había visto al Greco y a Velázquez, y al volver a cruzarlos tuve la sensación de que un cable dorado atraía a Rafael desde la tierra. Lo empecé a ver sacar su cabeza desahogada cuando un ángel traidor nos llevó a otro salón y encontramos *El triunfo de la muerte*. Desde una tabla de 1.17 por 1.62 Brueghel chupó de golpe a Rafael con sus brazos voraces de calamar danzando entre las calaveras. Lo sumergió a través de todos los océanos hasta hacerle calzar su mirada de buzo en el mascarón pálido que la barca infernal llevó en el Aqueronte.

Yo podía hacer muy poco, desgraciadamente. Lo remolqué en la lluvia del atardecer para poder meternos en el pub y tomar un cognac escuchando cantar a buenos comediantes: fervorosos latinoamericanos emponchados y místicos, aunque tan verdaderos como apaches de Holywood. Eso no le hizo mal. Pero recién un par de horas más tarde, al separarnos frente al subterráneo me animé a sentenciar, firme y rápidamente: “Te juro que se te va a pasar el miedo. Puedo jurártelo”. Mis palabras cruzaron por el Ponto como un cardumen de burbujas de fe y explotaron adentro de sus ojos: sonrió remotamente y se escapó en silencio.

EL HOMBRE DE NASARÉ

CUMPLÍ VEINTICINCO años mientras era probado en un pub de Barcelona que quedaba en un barrio cuyo nombre olvidé. Me dejaron cantar tres o cuatro milongas, me invitaron con un gin-tonic y prometieron contratarme cuando alguien saliera de gira. El que me llevó al pub fue un cantor uruguayo hijo de catalanes. Se llamaba Magin. Lo conocí a través de una pareja de uruguayos a quienes les llevé dulce de leche por encargo

desde Montevideo. Ni siquiera me recibieron, pero me dieron una dirección por teléfono para que les dejara el tarro. La dirección era la de Magin y él estuvo simpático y al enterarse de que yo cantaba me presentó en el pub.

Ya eran casi las tres de la mañana cuando salimos en coche a festejar mi cumpleaños. Me llevó a una reunión que había en la casa de otra pareja de uruguayos. En la fiesta encontramos tres parejas: los dueños de casa, un matrimonio madrileño y el matrimonio del dulce de leche. Las dos muchachas uruguayas tenían pelucas y estaban borrachas, pero la madrileña parecía Anouk Aimée vaciada de su vuelo. Se llamaba Maite. Era una muchacha tramposamente emparentada con las grandes ciudades: parecía hermosa sólo desde lejos. Yo la había visto por casualidad en el tren que me trajo a Barcelona dos días atrás, cuando bajó abrazada con su compañero en la estación de Calatayud a comprar un refresco que se tomaron abrazados. Estábamos parados en un corredor del tren mirando para afuera con un portugués enlutado de nostalgia aunque cuando vimos a los lunamieleros y nos intercambiamos una mirada de viudez, la juventud del hombre relampagueó en las lunas de sus lentes.

EL PORTUGUÉS del tren se llamaba Sadi y había sido feliz en Nasaré, un pueblo de pescadores que queda 131 km. al norte de Lisboa. Yo conocí ese pueblo. Se debe llegar en ómnibus: un cacharro que demora cuatro horas en hacer un camino sembrado de ruinas donde suben mujeres con su traperío negro y sus cestos de huevos -o los pollos que gritan considerablemente menos que un campesino portugués. Nasaré es un declive encalado y fulgurante de casas torcidas y callecitas de hasta un metro y medio de ancho que desembocan en el océano Atlántico. Esa es la parte baja de la ciudad. El folklore pescador ya se ha vuelto un negocio, aunque eso no lo saben los gigantescos bueyes que humean en la playa cuando tiran de la red ni los hombres quemados por el tiempo, con sus bonetes frigos y una dignidad muda cocinada y salada por la luz. Me acuerdo que me senté en un bodegón a esperar que un muchacho cruzara la rambla trayendo sardinas coleantes. Las asaban envueltas en un aura de mar y las comí con ensalada y bastante cerveza. Después me tomé un trencito elevador para conocer las alturas de Nasaré, donde vivió Sadi con su esposa Constancia. La madrugada que llegábamos a Barcelona el hombre me mostró una foto familiar sacada junto a la iglesia: Constancia fue una mujer de ojos marinos y una terca sonrisa de vitral cayendo sobre sus hijos como un manto. Ahora los hijos estaban casados y vivían en Brasil, donde por primera vez iba a visitarlos, me contó el portugués. Pero no me contó por qué motivo había cruzado la península ibérica para venir a embarcarse en Barcelona.

MAITE SE había casado hacía muy poco, pero el tipo del tren no era su esposo. La confesó a las seis de la mañana, tirada sobre una alfombra color miel donde faltaba el halo de su luna. Me dijo que Sebastián -su compañero- no era más que un amigo y yo le pregunté desaprensivamente si se habían separado con el otro y ella me contestó que sólo para divertirse por un par de semanas. Después me acarició el pelo como a un corderito. Entonces la insulté. No me acuerdo muy bien cómo empezamos, pero todavía veo las cinco borracheras desorbitadas y uruguayas oyéndonos gritar. Sebastián se durmió sin atendernos. Maite frunció su labio superior y empezó a hacer un ruido sibilante. Tenía el pelo teñido y el rostro filoso concentrados en algo como mi alma. “Te va a hacer bien París” me dijo: “Vas a ver en París lo que es la vida” (y un racimo de gotas de gin negro le bajó de los ojos y se lo chupó). “Vas a ver en París que todo se revienta” gritó

enroscándose contra la alfombra. Yo recogí en silencio mi estuche y mi gabán y me escapé en silencio del apartamento. Una de las muchachas uruguayas bajó a abrirme la puerta. En el marco del alba vi su cara con manchas de dulce de leche, como viejos pegotes de la patria.

Después me fui hasta las Ramblas portuarias tambaleando, aunque no por el gin. Era la mordedura de la cobra lo que me envenenaba el equilibrio. Me senté en una plaza del puerto y entendí oscuramente que al cumplir veinticinco los mareos se degradan de cómicos a cósmicos. Y entonces fue que apareció Sadi. Pasó sin verme -con sus dos valijas- y frenó frente a un banco de la plaza el tiempo necesario para hacerme adivinar que su luna de miel fue en Barcelona. Se quedó recortado contra el amanecer, mientras Dona Constanca lo rodeaba de un halo de vitral que se agrandó en el viento hasta desenvolver mi bandera de luz inapenable.

PECES EN EL CIELO

CONZIEU QUEDA a 80 km. de Lyon y tiene más o menos la misma cantidad de habitantes estables. Fue edificado hace varios siglos en las orillas de una carretera que serpentea entre cerros sembrados y verdísimos estribados al Jura. Más allá de los valles brillan los Alpes, como oleajes de piedra. En Conzieu no hay negocios, y teníamos que caminar 5 km. para poder comprar vino y Gaultois en un pueblo vecino. Didiér Jenot me acompañaba silenciosamente con su perro Siki sin que ninguno hablara una palabra. Didiér tenía una cabeza grande y ondulada, y un resplandor querúbico rubiamente estancado bajo el paisaje de sus siete años.

La casa donde paré en Conzieu había sido levantada en el siglo XVI. Desde mi cuarto del primer piso se escuchaba la enorme respiración nocturna del arroyo que cruzaba detrás, palpitante de truchas y de robles. La casa tenía un olor hermosamente añejo a leña y a mujer. La mujer de esta historia se llamaba Janine y era una médica recién diplomada a los cincuenta y dos años -prima de mi mejor amigo- que visité por compromiso al llegar a Lyon. Hablaba el español muy bien y nos hicimos muy amigos y me invitó a pasar la semana en el campo. También llevamos a Didiér, su sobrino menor, que no aceptaba viajar sin Siki. Janine era una mujer alta y arrugada (y encantada y amarga y orgullosa) que no hablaba jamás de su tristeza. La primera mañana hicimos una excursión a Chambéry: nos sacamos fotos con Didiér frente a los elefantes de la fuente y comimos refuerzos hechos con pan y paté de campagne y nos reímos a gritos en la Citroën, pero al pasar por el lago donde se transparentaban las montañas vi que Janine lloraba ojos adentro.

AL ANOCHECER nos sentábamos frente al fuego y Didiér dibujaba y yo cantaba mientras iba vaciando mi botella. Janine me hablaba de la acupuntura con un manso entusiasmo. A medida que el fuego derramaba sus temblores de fuego entre mi sangre veía brillar sonriendo a la mujer, con su olor a madera y su fe y su nostalgia. Se mojaba de luz el pelo de Didiér, que tras cada canción me regalaba una guitarra maravillosamente dibujada. La botella enviudaba reflejando sobre el lomo cobrizo de Siki -dormido entre

el resplandor y la penumbra- y Janine aceptaba el vino suficiente como para poder resucitar la infancia de Conzieu. Me iba contando todo hasta su adolescencia -cuando conoció a su futuro marido en Chambéry- pero más adelante se callaba. Se volvía a enamorar y se callaba, y al acostarme solo yo pensaba en ella, que dormía enamorada en otra oscuridad.

Una tarde salimos a caminar los cuatro con un paquete de magdalenas bajo el brazo. Al salir de la casa y bajar la calleja empedrada que entronca con la carretera casi nos atropella una banda de vacas. Después apareció el arriero y saludó a Janine con la cabeza. Janine me llevó primero a la casa donde vivió Berlioz durante un tiempo y después a la ex-cueva de Gertrude Stein. En ese momento subíamos una cuesta de pasto que termina en la iglesia y que estaba empedrada de margaritas. Didiér y Siki corrieron adelante nuestro pisoteando las flores sombreadas de azul, mientras nosotros masticábamos otra magdalena. “¿Sabe lo que dijo Didiér este mes pasado cuando escuchó por la televisión que había muerto Picasso?” me preguntó Janine. Y agregó sin reírse: “Que él iba a ser su sucesor. ¿No le parece raro?”. En ese momento sonaron seis campanadas y entramos brevemente a la iglesia y al salir conocí el cementerio. El olor de la muerte apareció grabado sobre algunos granitos donde decía *Peleando contra los nazis*. Yo miré a la mujer y pensé que ella también debía tener su muerto, aunque no allí debajo. Ella no dijo nada.

EL ARROYO que bordeaba la casa iba a dar a unos lagos donde bajo la sombra de los robles Didiér pescaba truchas atornasoladas. La mujer no iba nunca con nosotros. La penúltima tarde empezó a llover fuerte y volvimos corriendo de los lagos y encontramos a Janine frente a un fuego prematuro y yo abrí la botella prematuramente. Didiér parecía incendiado por un resplandor más rubio que el del fuego. Se arrinconó en silencio y dibujó y pintó con empecinamiento, sin mirar a Siki ni comer magdalenas ni repetirme las ocho palabras que le enseñé a decir en español. Después trajo el dibujo -que se llamaba *Peces en el cielo*- y fue maravilloso ver los hilos azules lloviendo hasta el fondo del lago, donde un puñado de hombres aniñados se bañaba sonriendo. Pero para Janine no fue maravilloso. Primero clavó los ojos en el fuego y un reflejo amarillo los mojó. Se quedó un rato largo en esa posición hasta que Didiér salió corriendo escaleras arriba, persiguiendo a su perro. “Mi marido fue enterrado en el lago junto con otros veinte” dijo Janine al rato: “Nos habíamos casado hacía seis meses y llegaron los nazis”. Yo no le dije nada y ella se secó. “Se le debe haber escapado algún comentario a mi cuñado, estoy segura” siguió protestando a ciegas la mujer: “Mi cuñado es idiota pero Didiér no. ¿Qué se creará ese idiota?”.

No le dije lo que yo creía.

LOS TRAGAFUEGOS

AL TRAGAFUEGOS no lo conocimos en Le Bateau Ivre sino unos cuantos meses antes, cuando pasábamos el plato en la place du Tertre o en la place de la Contrescarpe, y terminábamos rajando en patota de la bocina de la policía. Pero por ese tiempo sólo me hacía una gracia triste ver al árabe flaco echando llamaradas que incendiaban las barbas

de la noche, retorciendo un reflejo en su pecho desnudo. Unos meses después -cuando nosotros conseguimos media docena de pizzerías que recorriamos con un horario fijo todas las santas noches- lo volvimos a ver como número de fondo en el circo callejero de la rue de la Huchette. A una determinada hora se formaba un gran círculo de gente, y la cosa empezaba con unos mimos disfrazados de saltimbanquis de Picasso que se hacían escribir pedidos sobre la vereda. Iban dando la vuelta y ofreciendo tizas y la gente escribía pedidos lamentables: vi saltimbanquis hasta hacer de perros, levantando la pata y mimando ladridos por un maldito franco. (Entre número y número se metía un jipi asqueante con un gato vendado bajo el brazo y escribía en cuatro idiomas -con tizas de colores- un delirante S.O.S. para salvar al bicho. Una vez lloró a gritos y sacó treinta francos de una pasada. El gato no podía escaparse porque las vendas siempre le trababan dos patas, por lo menos.) Después actuaba alguna banda nórdica de una estupidez máxima, y al final le tocaba al tragafuegos. Esa vez me di cuenta que era un vocacional, porque nunca había visto ningún tragafuegos que cerrara los ojos antes de iluminarse. Él cerraba los ojos mientras hacía el gran buche con la nafta, y después levantaba su antorcha de trapo y antorchaba la noche y entreabría la mirada: nos miraba en la luz, enamoradamente.

CUANDO LLEGÓ la crisis del petróleo los mangueros del barrio nos fuimos a pique. Era invierno, y aunque nos agenciamos un trabajo caliente y fijo con el trío (siempre pasando el plato, por supuesto) tuvimos que bancar una punta de noches de cero franco. Por lo menos cenábamos gratis y con canilla libre: un vino que le hubiera servido de combustible a cualquier tragafuegos. Eran noches borrachas lluviosamente amargas, porque después de algunos meses uno se daba cuenta que París no era sólo el ombligo del mundo, sino el cráter del cielo que se nos arrancó. Yo pegaba la frente contra el vidrio mojado del Bateau y observaba la casa donde murió Verlaine y escribió Papá Hemingway y ahora me daba cuenta que no podía escribirse de París sin haber muerto a palos.

Alguna de esas noches cayó el tragafuegos. Me enteré que era amigo de Amed, el cocinero del Bateau que nos llenaba el vaso interminablemente y nos servía las salvadoras *frites* de contrabando después de la primera o segunda manga. Nosotros estábamos invitados a tomar unas copas con el cocinero al salir del trabajo, para vencer la pálida. Amed era un marroquí gordo y calvo y bigotudo, verdadero campeón manejando el cuchillo. Claro que en el Bateau solamente ensartaba las costillas gigantes, aunque había *des histories* circulando en el barrio de La Contrescarpe sobre su vida en Tánger. Yo era su amigo y me importaba un cuerno lo que podía haber sido, siempre que nos contrabandeara aquellas *frites* con sudado cariño.

Al artista del fuego no le cayó muy bien salir de copas, me dio la impresión. Había entrado al Bateau vestido con una gran túnica perfectamente blanca y saludado a Amed moviendo la cabeza. Aceptó una sangría y bebió despacio, masticando las frutas y admirando el color delicado del vino mejorado por jugos verdaderos. Era un hombre que no debía tener ni treinta y cinco años, con unos ojos negros que rezumaban todas las palabras que jamás pronunciaba su chamuscada boca. Aceptó acompañarnos sin complicidad ni cortesía ni nada que no fuera ternura lastimosa. Al cerrar el Bateau bajamos por la rue Clovis y después por la Cardinal Lemoine hasta cruzar apenas la rue des Écoles, y entramos a un boliche donde Amed era un hombre respetado por travestis y yiras y reventados de todos colores. Nos pagó copas hasta retorcernos, amenazando siempre con la ofensa si decíamos que no. Pero yo me di cuenta de que al tragafuegos no lo acosaba. Había una máquina de

discos funcionando al costado de la puerta, y el tragafuegos se había ensimismado frente a un vaso de vino que ni terminó. Hubo un momento en que necesité respirar otro mundo -y parir otro mundo- como si me muriera, y subí al desnivel donde estaba la máquina. Puse una ficha para escuchar *Yesterday* por Ray Charles, me acuerdo, y una pelirroja que se besuqueaba con un travesti se acercó y me arañó desorbitadamente. Yo miré al tragafuegos y vi cómo sacaba la botella de nafta de abajo de la túnica y antorchaba el boliche entre las griterías y el rebrillo brumoso del cuchillo de Amed, que se paró adelante a defendernos con los ojos hinchados por el fin de la noche.

LE MÉTIER TRISTE

LA TABERNA española se llama La Reja y quedaba en la rue de la Cossonnerie, una callecita de una cuadra que ni los taxistas conocen. Había sido una calle más larga cuando existía el mercado de Les Halles, pero ahora no era más que un tramo de 50 metros truncado por una excavación turbiamente lunar. Los que venían a la taberna por el Boulevard Sébastopol podían ser hasta cónsules -ya que La Reja figuraba en todas las guías turísticas y hasta llegó a ser calificada por *Le Nouvel Observateur* como un lugar auténtico- pero de la rue Saint-Denis nos caían mariposas de la noche. Todo era bienvenido. Para entrar se bajaba una escalera que doblaba a la izquierda otro par de escalones y antes se podía ver la cartelera iluminada donde había, a fines de mi segundo otoño en París, un gran retrato de Pepe el Sopo (un gitano francés que cantaba y bailaba flamenco) y otro del trío *Jamaica* y otro de un cantor guatemalteco que Pepillo bautizó Picaflor. Pepillo era un sevillano cuarentón que hacía el bar y las mesas y a veces metía clima palmeándome hasta los tangos. Cuando lo conocí me pareció el marido de Dolores, la cocinera. Pero Dolores estaba embarazada de un gallego gritón que le llevaba casi treinta años y era el patrón de esta taberna y de otras. El patrón tenía un perro que Dolores amaba, sin embargo: se llamaba Poeta. La noche que debutamos -con el trío- en La Reja, el patrón nos pagó al amanecer y le hizo un gesto a Pepillo para que colocara un disco donde una voz antigua de mujer levantaba sus penas a la Virgen. Entonces el ovejero se puso a cantar. No era aullido: era un canto con varias notas nítidas que se ceñían al vuelo doloroso. Sólo aquel disco le arrancaba el canto. Sólo lo hacían cantar cuando venía alguien nuevo a la taberna, y en el ruedo del alba el Poeta nos salvaba.

LOS CANTORES comíamos temprano sentados en el mostrador. Había buena comida: tortillas, cocidos, paellas y un aceptable tinto de la casa y en ocasiones un Sangre de Toro -aunque ese vino lo tenía que pagar algún cliente forrado. Durante aquel otoño cenábamos a solas con Picaflor y nos servía Dolores, la mujer del patrón. Dolores era tan seca como hermosa, pero aquel embarazo la aureolaba. La noche que trajo al niño por primera vez a la taberna se había puesto un vestido demasiado justo, se había ultrajado el rostro con pintura y cuando el Poeta corrió a recibirlos le pegó una patada en el hocico. “Cuidado, bestia” le gritó: “Es un niño”. Poeta se arrinconó a mirarla mansamente.

PEPE EL Sopo cantaba como un escuerzo pero bailaba con ojos de cobra. Traías sucias mujeres que lo acariciaban y una noche lluviosa se metió otra mujer con un vientre con

punta y gritó hasta rabiar que era su esposa. Pepe se la llevó por la escalera y a los pocos segundos ella bajó de nuevo pero en vuelo. Hubo un gran grito gris cuando llovió su pelo por la madrugada. Poeta lamió el silencio de aquella mujer hasta que la pusieron en una ambulancia, mientras Pepe rajaba de la policía.

Esa madrugada yo me quedé sentado en la barra con una francesa estudiante de veterinaria. No me obligaron a cantar, por suerte. Justo cuando me llevaba a la chiquilina al hotel alguien colocó el disco de Nuestra Señora y escuchamos cantar al ovejero. Pero después que la sombra se transformó en festejo bajo el vuelo asombroso del Poeta, la francesa empezó a llorar sin hacer ruido. “Canta porque le duelen los oídos” me explicó al terminar, deshuellándose las lágrimas: “Es un crimen lo que le hacen hacer. Hay que decirles”. Yo me acordé de algo que dijo Hemingway y del nombre del perro y no quise explicarle que hay un métier más triste que la misma guerra.

1977-78